

Buenos Aires, mito y obsesión

La nada. Unos cuantos matorrales secos, un riacho, flores azules de cardo que se extienden hasta donde da la vista, algún árbol de tanto en tanto, indios nómadas y hostiles y ni un solo animal con que matar el hambre. Pensaban conquistar un imperio y regresar a España cubiertos de oro pero al poco tiempo debieron abandonar el caserío miserable donde hasta se dieron casos de canibalismo. *La carne de hombre también / la comieron / Las cosas que allí se vieron / no se han visto en escritura*, anotaría Luis de Miranda, el fraile versificador que acompañó al adelantado don Pedro de Mendoza, quien con una sífilis terminal a cuestas apenas si pudo tomar conciencia del derrumbe de sus sueños de grandeza y cuyo cadáver fue arrojado al mar durante el viaje de regreso a España.

Debieron pasar casi cuatro décadas antes de que a poca distancia del caserío anterior, Juan de Garay fundara nuevamente Buenos Aires en 1580. La ciudad (pomposa denominación para el villorrio) recibió el título de «La muy noble, leal y muy remota». Y lo era. Por lo menos remota. Fuera de los caminos habituales, desprovista de las señas de una cultura precedente, como había ocurrido con mayas, incas y aztecas, Buenos Aires carecía de otra historia que la magra que sus habitantes trazaban año tras año. Alguna inundación, ataques piratas, llegada de mercaderías de contrabando, cíclicas sequías, un nuevo gobernador, el arribo de un virrey. Luego la ciudad creció, fue invadida por los ingleses, se produjo la independencia primero y las luchas civiles más tarde. Con el tiempo pasó de gran aldea a ciudad cosmopolita hacia fines del siglo diecinueve. Habían llegado millones de inmigrantes. Pero faltaba una historia. Es decir, faltaba el mito sobre el cual asentar esa historia. Y esa «fundación mítica» la debieron cubrir sus escritores. A golpes de intuición, recreando un nacimiento y una biografía. Imaginaria y apócrifa, pero real. No parece casual que los mayores escritores argentinos del siglo veinte hayan convertido a Buenos Aires en la verdadera protagonista de sus mayores obras: Leopoldo Marechal con *Adán Buenosayres*, Ernesto Sábato con *Sobre héroes y tumbas*, Julio Cortázar con *Rayuela*, Manuel Mujica Láinez con *Misteriosa Buenos Aires* y Adolfo Bioy Casares con varios de sus textos más notables. Jorge Luis Borges, por su parte, decidió crear una literatura que fuera al mismo tiempo texto y mitología, historia imaginaria y metafísica de la ciudad. Para

ello dibujó personajes y situaciones, fundó una categoría de hombres con desprecio por la vida y dio cuerpo a lo que él mismo habría de llamar «la secta del cuchillo y del coraje», logrando que ese mundo tuviera vida, existiera hacia el pasado. Que fuera para siempre real como lo es todo personaje mitológico.

Pero es sólo al regreso de su viaje a Europa, donde la familia Borges permaneció entre 1914 y 1921, en un periplo que inventarió las ciudades de Ginebra, Mallorca, Madrid y Sevilla, cuando *Georgie* descubre realmente la ciudad. Hasta ese momento, Buenos Aires, para el niño y el muchacho, había sido sólo unas cuantas calles: las que lo llevaban de paseo a casa de sus abuelos, alguna recorrida hasta el Jardín Zoológico y muy poco más. El resto eran conversaciones escuchadas transversalmente en boca de las personas mayores, de los amigos del padre, en especial de las lecturas de versos recientes que los domingos a la tarde, después del hipódromo, prodigaba Evaristo Carriego. Allí Borges escuchó por primera vez hablar de guapos y compadres, de hombres valientes, «cultores del coraje», también de malevos capaces de golpear a una mujer hasta el hartazgo, y en algún anochecer entrevió cómo a los sonos de un organillo (organito, en el peculiar lenguaje de Buenos Aires) una pareja de hombres ensayaba las figuras de un tango picado, con el zumbón compás de los comienzos. *Gira en el hueco la amarilla rueda / De caballos y leones, y oigo el eco / De esos tangos de Arolas y de Greco / Que yo he visto bailar en la vereda*. Pero esa ciudad que palpitaba en las calles del arrabal cercano al arroyo Maldonado, límite en la práctica del Buenos Aires finisecular, era para Borges una nebulosa, una pura imaginaria. El mismo habría de reconocerlo hacia 1955, en el prólogo a la reedición de su biografía de Carriego: «Yo creí, durante años, haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses. Palermo del cuchillo y la guitarra andaba (me aseguran) por las esquinas, pero quienes poblaron mis mañanas y dieron agradable horror a mis noches fueron el bucanero ciego de Stevenson, agonizando bajo las patas de los caballos, y el traidor que abandonó a su amigo en la luna y el viajero del tiempo, que trajo del porvenir una flor marchita, y el genio encarcelado durante siglos en el cántaro salomónico y el profeta velado de Jorasán, que detrás de las piedras y de la seda ocultaba la lepra.»

Como es habitual en Borges, hacia 1970 reiteró la misma idea en el comienzo de uno de los cuentos del *Informe de Brodie*, «Juan Muraña». Escribe: «Durante años he repetido que me he criado en Palermo. Se trata, ahora lo sé, de un mero alarde literario; el hecho es que me crié del otro lado de una larga verja con lanzas, en una casa con jardín y con la biblioteca de mi padre y de mis abuelos». Obviamente, la reiteración no es ingenua: quiere indicar que el mundo, el clima y los protagonistas de su mitología personal le pertenecen, por más que haya tomado en préstamo algún nombre verdadero, como por ejemplo —justamente— el de Juan Muraña (*ese cuchillo de Palermo*) o el de algunos otros guapos y compadres, cuyas anécdotas legend. .as, apócrifas o levemente verdaderas, conforman una peculiar biografía de Buenos Aires,

más cierta y seguramente más perdurable que la otra que con fechas estrictas y puntuales efemérides figura en los libros de historia sólo como una forma de demorar el olvido indefectible al que está condenada. En cambio es más dificultoso que en el futuro pueda borrarse la historia *de los hermanos Iberra, / Hombres de amor y de guerra / Y en el peligro primeros, / La flor de los cuchilleros / Y ahora los tapa la tierra*. En especial la cruel hazaña de aquel *Iberra fatal (de quien los santos / Se apiaden) que en un puente de la vía, / Mató a su hermano el Nato, que debía / más muertes que él y así igualó los tantos*.

Borges, que en la práctica no había concurrido a la escuela más que unos pocos meses, porque su madre temía que pudiera contagiarse alguna de las muchas enfermedades infantiles que se pescaban en la promiscuidad de las aulas, desconoció la ciudad en la que había nacido hasta que regresó en 1921.

El momento es culturalmente resplandeciente: en 1916 se ha producido el acceso de la clase media al gobierno, de la mano del presidente radical Hipólito Yrigoyen. La base de sustentación del poder, hasta entonces patrimonio exclusivo de la oligarquía, se ha ensanchado con los hijos y nietos de la inmigración. La vigencia de la ley 1420 que implantó la enseñanza laica y obligatoria aportó enormes contingentes de lectores y la temática argentina hallaba nuevos interesados. Ya no eran sólo los libros franceses los que podían nutrir las bibliotecas. La nueva clase habría de descubrir una temática casi inédita en los escritores nativos. Y Buenos Aires, que siempre había provocado misteriosos fervores entre los poetas de esta zona del Plata, empezaba a transformarse en protagonista de la flamante situación. Ya no era sólo el exotismo barrial de Evaristo Carriego, con su vocación de fotógrafo de la pobreza de Palermo; poetas casi oficiales como Leopoldo Lugones describían las calles de la ciudad, Ezequiel Martínez Estrada trazaba un detallado dibujo de la entonces elegante calle Florida y Baldomero Fernández Moreno (padre de la escuela *sencillista*) acababa de publicar un volumen cuyo título no deja lugar a dudas: *Ciudad*.

A poco de llegar, Borges, de la mano de un amigo íntimo de su padre, Macedonio Fernández, y de su primo Guillermo Juan, conoce a varios de los poetas y narradores todavía inéditos cuya obra va a conmocionar el hasta entonces tranquilo ambiente literario argentino. A uno de ellos, Francisco Luis Bernárdez, *Georgie* le confiesa que al llegar «arrojó toda su latinidad al Maldonado» (arroyo que por entonces dividía la ciudad y sería entubado completamente a mediados de los años treinta). Es la época en que exclama convencido: *Los años que he vivido en Europa son ilusorios, / Yo he estado siempre (y estaré) en Buenos Aires*. Y a su manera, a veces cubierta por el disimulo, la discreción y la ausencia de énfasis que se transformará en estilo, cumplirá su promesa. Por esos mismos días —y como lo dejó anotado en su primer volumen— *Georgie*, a poco de haber cumplido su mayoría de edad, se atreve a escribir: *Yo solicito de mi verso que no me contradiga / y es mucho*. Y una lectura inteligente de su obra demuestra que su escritura carece de contradicciones. Estas aparecen —y múltiples— en ese género que es una de las malformaciones de nuestro tiempo: la entrevista pe-